



António Lobo Antunes: la soledad de la memoria

Moisés Elías Fuentes

EN SUS AÑOS ADOLESCENTES, ANTÓNIO LOBO ANTUNES acarició el anhelo de ser futbolista del Benfica, uno de los dos clubes de su natal Lisboa, pero también contempló la idea de dedicarse al boxeo, y ambos sueños deportivos acompañaron la aspiración de ser poeta. Con todo, las tres ansias, por demás imprecisas, fueron opacadas por dos realidades que el adolescente Lobo Antunes no había invitado, pero que se impusieron tajantes e inapelables: la carrera de medicina y el alistamiento como recluta para entrar en la guerra de Portugal contra el movimiento independentista de Angola.

Marcado por la aspereza inherente a la profesión médica, fue sin embargo la guerra de Angola, en la que estuvo involucrado de 1971 a 1973, la que signó de manera indeleble las relaciones del escritor luso con la medicina y con la literatura. Nacido el primero de septiembre de 1942, Lobo Antunes era ya médico psiquiatra cuando partió al África, obligado no por sus convicciones sino por la obsesión del gobierno portugués de prolongar una guerra que ya estaba perdida.¹ Tal obsesión colonialista ha sido uno de los temas recurrentes en la narrativa del novelista lisboeta.

Signado por aquella guerra, era lógico que *Memoria de elefante*, la primera novela del escritor portugués, presentara las incertidumbres de un personaje que no se logra conciliar con su entorno, ni más ni menos que

¹ La guerra por la independencia de Angola se extendió de 1961 a 1974, año en que se decretó el cese al fuego, aunque sólo en 1975, al firmar el Tratado de Alvor, reconoció el gobierno portugués la independencia del país africano.

como el incipiente novelista António Lobo Antunes, quien por los días en que concibió y redactó su *opera prima*, el año de 1979, se hallaba devastado por el proceso de desamor en que había caído su primer matrimonio, mientras que del otro lado lo sacudía la imperiosa necesidad de abandonar la práctica de la siquiatria, para dedicarse por entero a la literatura.

En *Memoria de elefante* se esbozan ya rasgos distintivos de la narrativa del autor portugués. Sin embargo, la eclosión ha de llegar años después, aunada a la maduración del que es el tema central de la obra de Lobo Antunes: el desarraigo, toda vez que los hombres y las mujeres que deambulan por las páginas de sus novelas están despojados de pasado o huérfanos de presente, fatigados por el desamor o sitiados por los recuerdos que se empeña en recrear una memoria sorda y tenaz.

Con todo, temprano, en la década de 1980, Lobo Antunes ha de cimentar su discurso narrativo, tanto en la técnica como en la estilización, lo que se corrobora en títulos como *Fado alejandrino* y *Auto de los condenados*, publicados en 1983 y 1985, respectivamente. En la primera, cuatro militares reunidos en un burdel para rememorar las atrocidades de toda índole que cometieron durante la guerra devienen alegorías de las violentas contradicciones que marcaron las jornadas de la Revolución de los claveles, en la que la sociedad portuguesa intentaba construirse un presente y un futuro, aunque todavía estaba amarrada al ancla de un pasado tortuoso.²

Por otra parte, en *Auto de los condenados* asistimos a la polifónica relación de la agonía y muerte de Diogo, brutal terrateniente que ha tiranizado a los campesinos

² El peso de tal ancla se hizo sentir con la intromisión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte para inhabilitar las acciones de militares y líderes civiles progresistas, que aspiraban a que en Portugal se produjera un giro político hacia el socialismo. La OTAN consiguió, entre otras cosas, desarticular el movimiento progresista, así como impedir que el gobierno lusitano se desvinculara de la Organización.

aledaños a su dominio con la misma ferocidad con que ha pervertido, hasta la abyección, la ética de sus hijos y parientes cercanos. La relación de la muerte se transforma así en las contrastantes versiones que los familiares exponen del jefe de la familia, y en las que no se escatima la depredación sexual, la violencia de palabra y de acto.

En ambas novelas emerge el estilo narrativo de Lobo Antunes, quien busca una y otra vez la ruptura con la historia lineal a través de la deconstrucción del discurso. El novelista superpone hechos, pensamientos, descripciones y diálogos para ofrecer un reflejo del caos que desata la memoria para reconstruir las historias de los protagonistas. Centradas en el mismo hecho histórico, la Revolución de los claveles, en las novelas tal hecho se triza en perspectivas individuales, en versiones particulares que deforman la realidad real.

Esta superposición de planos temporales se ha de aunar con la ironía, que claramente, durante la década de 1990, adquiere mayor consistencia en la narrativa de Lobo Antunes. Son los años de novelas como *La muerte de Carlos Gardel* (1994) y *Esplendor de Portugal* (1997), títulos en los que, atrapados por su realidad anquilosada, los personajes giran sin descanso alrededor de un pasado magnífico que resulta más ilusorio que factible.

Así, en *La muerte de Carlos Gardel*, Álvaro pretende fugarse de su presente mediocre al disfrazarse del mítico tanguero argentino, en tanto que su esposa oscila entre la soledad y el ansia de una vida erótica que nunca ha tenido. Mientras, en *Esplendor de Portugal* los hermanos Carlos, Rui y Clarisse deben asumirse como los patéticos vestigios de un pasado colonialista que ha terminado de modo por demás ignominioso. En ambas novelas, el discurso narrativo oscila entre el pasado ideal en que se aferran a vivir los personajes y la burlona crueldad que ejerce sobre ellos la realidad del presente.

Autor prolífico, desde sus primeras novelas Lobo Antunes se aventuró en la deconstrucción de la

narrativa, que en algunas de sus obras ha llegado a la negación del discurso narrativo, al punto de devenirlo en un amasijo de ruidos que colinda con la promiscuidad, pero también con el silencio. Sin embargo, no todas las novelas del lisboeta están selladas por la impronta de tal deconstrucción; de hecho, en varios de los títulos fechados en las décadas de 1980 y 1990, nos sorprendemos ante narraciones en las que los planos superpuestos ceden el paso a discursos más lineales.

Por ello, *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* se establece como un título axial en la obra de Lobo Antunes, toda vez que a partir de esta novela, publicada en 2003, el discurso narrativo del autor se sustenta en la deconstrucción narrativa en todos sus planos: el retórico, el espaciotemporal, el psicológico. Así, *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* testimonia el desarrollo de una realidad desatinada en la que las falsías sustituyen a las verdades y las ilusiones a las certidumbres. Esa realidad no admite el lenguaje lógico, por lo que el discurso narrativo deriva en incoherencias, onomatopeyas, disparates y, aunque el autor vuelve una vez más a los años de la guerra portuguesa contra la Angola independentista, tiempo y espacio se advierten cada vez más lejanos, desordenados, difusos.

Con todo y que algunos críticos se apresuraron a calificar el libro como antinovela, desde sus primeras páginas *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo*³ se devela más bien como una meta novela, es decir, una novela que reflexiona sobre sí misma, por lo que es el discurso novelístico el que descubre las paradojas del lenguaje literario y del lenguaje de la realidad real: el primero, al ser lineal, impide la simultaneidad de las expresiones; el segundo, al ser simultáneo, restringe la comprensión

³ Como característica general, las novelas de Lobo Antunes tienen títulos que provienen de otras fuentes. Así, “buenas tardes a las cosas de aquí abajo” es una frase que Valéry Larbaud, afectado ya por la afasia de Broca, repetía de manera insistente. La imposibilidad de saber la significación que le daba el autor, ha desatado las más diversas interpretaciones.

de las individualidades. Los personajes reales y los ficticios deben comunicarse a contracorriente de tales limitaciones.

Buenas tardes a las cosas de aquí abajo es una novela axial en la narrativa de Lobo Antunes, lo que se corrobora en otro de sus títulos del siglo XXI: *Mi nombre es Legión*, título alusivo al demonio Legión, conjurado por Jesucristo, según se consigna en el *Evangelio según san Lucas*. Con *Mi nombre es Legión*, Lobo Antunes se adentra una vez más por los barrios marginales de Lisboa, considerados por la ciudad y sus ciudadanos como tumores impresentables. Y hablo de ciudadanos porque los habitantes de los barrios no alcanzan esa categoría; son pústulas que, al excederse, deben eliminarse.

A través de la fluencia de reflexiones observamos las contradicciones éticas, sociales, culturales que escinden a la sociedad lisboeta, Lobo Antunes compone una tensa etopeya de la marginación, que es al mismo tiempo alegoría de la cada vez más violenta incapacidad de las grandes urbes para comprenderse como un todo. De ahí que las vidas de los ocho jóvenes delincuentes las atisbamos desde perspectivas que las tergiversan y las borron. Perspectivas sesgadas porque no se atreven a concebir que la marginación, el racismo, la injusticia, la desigualdad, son crímenes colectivos, que no individuales.

Cierto, António Lobo Antunes no despliega, en sus novelas, visiones armoniosas o equilibradas de la sociedad portuguesa. Su opción narrativa estuvo desde un inicio marcada por el desencanto, la ironía, el desarraigo, el desamor y la soledad. Tal fue y es su opción narrativa: asomarse a los socavones del espíritu y el pensamiento humanos. Tarea riesgosa que en más de una ocasión le ha cobrado cara la osadía. Pero, con todo, el narrador lisboeta, que llega este año a sus setenta y cinco de vida, persiste sin arredrarse ante el riesgo, más, muchísimo más de lo que puede decirse de otros escritores contemporáneos, que sólo se atreven en atmósferas controladas. ■■■